



Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Teodoro Camino, 19-Entlo. 02002 Albacete. Tifs. 967 21 93 11 y 967 21 93 50. Administración: 967 21 00 00. FAX: 967 21 07 81. ALICANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tif. Centralita. 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración-Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/ Puerta de Murcia, 8-2º B. 30201 Cartagena. Tif. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELCHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Elche. Tifs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Montegudo-Edificio 'La Verdad'. 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. e-mail redacción: lectores@la-verdad.com. Edición electrónica: http://www.la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. e-mail publicidad: publicidad@la-verdad.com. Difusión controlada por CUD. Depósito legal: MU-3-1958

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



I
■ Cine de barrio. Película de terror a la mano. Arde bajo la tulipa del quinqué la leve llama. Alimentada por el gas, su luz parpadeante nos alcanza a usted y a mí, espectadores de la película, mientras lamiendo los cristales del gótico ventanal se desploma el todopoderoso aguacero. Viene de no se sabe dónde el crujido de la carcama. ¿Carcama o ánima en pena? Comienza también a oírse los misteriosos pasos, cada vez más cercanos, de alguien que no está, que no existe... Suficiente para que a usted y a mí, espectadores de la película, atrás queda dicho, nos funcione a la perfección los mandos de la adrenalina, hormona que regula el riego sanguíneo. El gusto por el miedo está servido.



II
■ Beber agua mineral envasada, tras haber leído las frases impresas en la etiqueta exaltadora de los respectivos balnearios, fuentes o manantiales de donde procede, ¿no es beber ya paisajes?

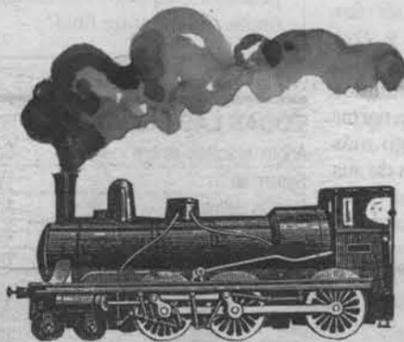
III
■ Playa vacía, al fin. Otra vez recobrada con el otoño la pureza del paisaje, liberado el mar del caballero más bien obeso que vino a depositar sus sudores en el azul, del niño que lo orinó, de la gorda que alivió sus sofocos en el oleaje... Exenta ya hoy la arena de sus orillas de aquella lata de conservas, vacía; de los restos aceitosos de una tortilla dominguera, del papel de aluminio que abrigó al grasiento fiambre, de los botellines sin retorno, en fin. El mar defini-

tivamente ganado por el otoño. El mar, de nuevo, a salvo.

IV
■ Todavía en el otoño perduran los recuerdos, inventados los más, correspondientes al verano muerto, entre ellos el del gran pez que estuvo a punto de tragarse a la bañista embustera y el de nuestro propio amor eterno, nacido a principios de verano con fecha de caducidad, ay, a finales de agosto.



V
■ Inesperada página de un nuevo Kempis aquélla de las piernas de la protagonista de un «porno» más o menos duro, alcanzadas veinte años después.



VI
■ Minicuento que podía ser nombrado el del tren sin retorno

De todos los trenes que en la estación se le ofrecían, el viajero de la maleta de piel de toro vino a escoger el tren de lujosa catadura, como dragón dormido sobre las paralelas de la vía; precisamente el tren que, como más tarde se verá, jamás debió elegir.

Acomodado en su mullido asiento, en espera de la salida del tren, fue alcanzando el viajero, a través de la ventanilla, la siempre monótona a la vez que excitante escenografía del andén, con gentes apresuradas, abrazos de despedida, maletas, vendedores de chucherías, trenes que parten o llegan... En las manos del viajero, un libro, todavía cerrado, materia sagrada, imprescindible en todos sus múltiples viajes.

Ya en marcha el tren, la lectura fue para el viajero alimento de sus muchas horas de

viaje, pan de su tedio. Cerró el libro al fin, extrañado de que el tren no se hubiese detenido en ninguna estación. Más horas pasaron luego en absoluta soledad. Buscó entonces al revisor. No había revisor. Abrió puertas, cruzó vagones sin encontrar al menos a un empleado orientador. La incomodidad de saberse solo en el tren comenzó a desorientarlo. ¿Dónde estaba, hacia dónde iba? Regresó a su asiento e intentó inútilmente volver a la lectura. Ciertamente asustado, pegada su frente al

cristal de la ventanilla, fue alcanzando aquella terca, enervante sucesión de estaciones, decenas, centenares de estaciones que cruzaban ante sus ojos y en las que jamás el tren se detendría. De pronto, una inesperada sensación que le heló los pulsos le hizo buscar al conductor del tren. No lo encontró, por la sencilla razón de que tampoco conductor había. Entendió entonces que un sino trágico se había cebado en él, conduciéndole hasta aquel tren que buscando y no encontrando su estación de término jamás habría de regresar a la de partida. Aceptando la jugarreta de su mala estrella, volvió de nuevo el hombre a su abandonado asiento, entendiendo que nada podía hacer en contra de aquel destino que, entre tantos otros trenes, lo había unido al tren sin retorno, tren de irás y no volverás.



VII
■ Café cantante. Bajo sus lámparas, gentes con paladar. A flor de labio, el cante. Triunfo también del baile, brazo y pie hechos arte. El mantón de Manila, bandera ceñida al busto como una segunda piel, escuela «a lo morrogo». Valga el tema para subirse al carro de los homenajes a Lorca: «... En los espejos verdes /

largas colas de seda / se mueven». Lo escribió para su «Café cantante» el poeta granadino.

VIII
■ Barrena el avión el azul cobalto del cielo.

IX
■ Pedía a Dios en su oración cotidiana, además del pan nuestro de cada día, la añadidura de una «primitiva con bote» con que untar su rebanada.

X
■ ¿Viene la escarola de la gran peluquería de señoras?

XI
■ El repelente niño, estudioso de la Gramática lo vino a descubrir: la cabra defeca puntos suspensivos.



XII
■ Gastronomía murciana. Santa palabra. El tema da para mucho. Múltiples y buenos libros se han escrito sobre la misma. Algo tendrá el agua cuando la bendicen. Quiere decirse que frente a los que decidieron tildar de deslucidos nuestros manteles, prevalecen las buenas verdades a favor de la cultura de nuestra cocina.

Cuando bocatas y hamburguesas, espumosos y cubatas, triunfan descaradamente sobre la mesa, recortando imaginaciones y estragando paladares, vengan aquí en buena hora, aunque en clave de literatura sea, las legítimas exaltaciones murcianas, las cuales pueden abarcar desde el rumboso pastel de carne a ese bocado de cardenal que es el caviar del Mar Menor, léase hueva de mujol, al sol curada, oros como de Rembrandt los de sus patas. Más: desde la fruta, como pintada por Pedro Cano, hasta el sabroso michirón picante. ¿Michirones fueron nombrados? Aquí están, vestidos de hábito franciscano, dejando asomar la golosina de sus blanduras, a fuego lento condimentadas. Gloria pura.